

## XXXIII

Su cuerpo se sepultó clandestinamente por la noche en la tumba de sus padres. El muftí, cuya hija única se había casado con Othman apesar suyo, no perdonando al sultan difunto la violencia moral que había sufrido, por no atreverse á declinar tal honra, rehusó el orar sobre su sepulcro, y renunció al pontificado por no tributar los honores religiosos debidos á su yerno.

El segundo reinado de Mustafá I comenzó por las oscilaciones y retrocesos que agitan el ánimo de los pueblos y de los soldados despues del triunfo de las grandes sediciones. Pocos dias despues de la instalacion de Mustafá, miéntras que este príncipe asistía con su madre á una fiesta de familia en casa del gran visir Daud, los soldados formaron grupos delante de su palacio y obligaron á Daud á bajar á la plaza para que les diera cuenta de su crimen.

« ¿Porqué, le dijeron, has mandado matar contra nuestra voluntad al sultan Othman que habiamos puesto bajo tu salvaguardia?

— « Le he dado muerte, » respondió el gran visir, « por orden del señor del mundo, nuestro sultan « Mustafá. » Esta respuesta que imponia la responsabilidad del crimen á la voluntad quimérica de un idiota, pareció que dejaba aquel dia satisfechos á los soldados. La sombra del sultan les imponia todavía. Pero al dia siguiente, se presentaron en mayor número con otro pretexto, exigiendo á voces las cabezas de los que se habían salvado á favor del tumulto el dia de la catástrofe de Othman. Se trataba de las de Omar, preceptor de Othman, de Ahmed el camaikan, de Nassuh-bajá y algunos otros, consejeros, visires ó favoritos de Othman. Daud les abandonó sin dificultad estas cabezas por salvar la suya. Pero la fuga y las montañas inaccesibles de Asia dieron asilo á estas víctimas.

Por su parte los pajes del serrallo, avergonzados de servir á un fantasma de soberano, é indignados con el asesinato de un sultan de su misma edad, que lisonjeaba su orgullo y su ambicion, mataron por la noche á su gobernador, el jefe de los eunucos blancos, acusado por ellos de haber cooperado á la deposicion y al suplicio de Othman. á quien idolatraban. Su cádaver lo colgaron por los piés en la plaza del hipódromo.

« Este eunuco meditaba, decian ellos, el sacrificio

« de los jóvenes príncipes, hermanos de Othman II, « sobrinos de Mustafá, instigado por la sultana Validé y por su yerno Daud. » Los spahis y los genízaros, amotinados por los pajes, se agruparon de nuevo para intimar á Daud que respondiese con su cabeza de la de aquellos muchachos, llamados quizá á ocupar el trono. El nuevo muftí, llamado Yahya, persuadió á la sultana Validé de la unánime impopularidad de Daud, sobre quien recaía justa y perpetuamente la sangre de su víctima.

Atacado por todos, hasta por sus cómplices, y mal sostenido por su suegra, que veía vacilar el imperio entre sus manos, Daud cedió la dignidad suprema á Mere-Hussein, antiguo cocinero del serrallo, que habia llegado por el capricho de la fortuna á general del ejército de Hungría, y á gobernador del Egipto. La firmeza, que se esperaba de él contra las sediciones incesantes, fracasó ante su complicidad en la muerte de Othman. El día que distribuía la paga á las tropas, un soldado se lanzó á él sable en mano, gritando: « ¿ Qué habeis hecho del sultan Othman ? » Aquel era el grito del remordimiento de sus camaradas y del pueblo, que se explicaba por una sola boca. El soldado vengador hirió levemente con su puñal á Hussein y á muchos oficiales de su escolta antes de que cayera él mismo bajo los golpes de los chiaux y de los muezzines.

Este tumulto no hizo mas que provocar otro. El gran visir, para evitar la sedicion de las tropas, resolvió alejarlas de la capital con pretexto de la guerra. Comenzó por separar á Dervisch-bajá, aga de los genízaros, hombre turbulento que hemos visto el día de la caída de Othman acompañando como caballero el carro en que era conducido Mustafá al antiguo serrallo. Para disimular este destierro, el gran visir lo nombró gobernador de Caramania. Una barca imperial lo habia trasportado al puerto de Mudania, en la costa asiática de la Propóntide.

Los genízaros, inquietos con la desaparicion de su aga, pretendiendo que lo habian ahogado en la travesía, se precipitaron tumultuosamente y armados en los patios del serrallo, pidiendo á voces la deposicion y el castigo del gran visir. La sultana Validé, arrancada del haren por estos clamores, dictó á su aterrado hijo un katti-scherif suplicante, dirigido á los soldados : « Nombrad gran visir á Daud-bajá, á « Gurdji-Mohammed-bajá, ó á Lefkeli-Mustafá-bajá, « poco me importa ; el que elijais será aceptado por « mí. »

Este katti-scherif servil, aumentó la confusion y el furor de los revoltosos. Se sentian incapaces de obedecer y mas aun de mandar. Los gritos redoblaron. La sultana Validé, que habia dictado este katti-

scherif á su hijo, trató de saber por segunda vez qué influjo ejercería su presencia sobre las tropas. Salió cubierta con un velo trasparente, y apareció ante los soldados en actitud suplicante. El aspecto inusitado de una mujer cuyas lágrimas, realzando su belleza, brillaban á través de la muselina trasparente de las Indias que cubria sus facciones, el respeto que inspiraba la madre del emperador, el recuerdo de la energía que habia desplegado para salvar y coronar á su hijo falto de juicio el día de la revolucion, hizo prosternarse á sus piés á los sediciosos. Desgarraron al katti-scherif en que el sultan los dejaba en libertad de nombrar un gran visir, y prometieron obedecer al que eligiese libremente su padischah.

Mustafá-Letkeli, hermano de la nodriza del sultan, fué nombrado por influjo de su madre. Pocos dias hacia que gobernaba, cuando un nuevo motin se suscitó contra él, pretextando que habia dado las primeras dignidades de la Iglesia á un conductor de burros y á un músico, ambos amigos suyos. En tres meses recibia el sello un tercer gran visir, Gurdji-Mohammed.

## XXXIV

No mantenido por el respeto el poder que se hallaba desconsiderado en su origen, era menester sostenerlo con el terror. Las puerilidades de Mustafá I trascendian en Constantinopla apesar del misterio con que se trataba de encubrirlas. Tan pronto burlando la vigilancia de los que lo guardaban, corria de kiosko en kiosko, llamando á voces á Othman para que lo librara del peso de reinar, olvidando como el emperador Claudio, cuando reclamaba su mujer, que el mismo habia firmado la sentencia de muerte de su sobrino, como queria entrar á caballo en una barca, prometiéndose atravesar así el mar. Algunas veces se creia profeta, favorecido con revelaciones celestes, que la adulacion y la lisonja cumplian para complacerlo. El pueblo crédulo, dispuesto á venerar la debilidad de espíritu como un don de inocencia, gracia del cielo, admiraba en aquellas revelaciones el dedo de Dios sobre la cabeza del idiota inspirado.

Los scheiks de las mezquitas se servian de este

prestigio de las supuestas inspiraciones de Mustafa para edificar á los creyentes y acreditar la idea de su santidad. « Se encierra semanas enteras para llo-  
 « rar y orar en su cuarto, » decian en el púlpito ;  
 « vé á su sobrino Othman transfigurado en el pa-  
 « raiso y coronado con una diadema inmortal. Ro-  
 « gad por vuestro santo padischah ; para que Dios  
 « consuele sus penas y bendiga sus lágrimas. » El pueblo lloraba y rezaba.

El gran visir, por complacer á los scheiks de las mezquitas, publicó un decreto que prohibia la venta del vino en las tabernas á las tropas. Los gritos de los soldados ocasionaron su destitucion. Dervischi-bajá, nombrado ya y depuesto como se ha visto, fué otra vez nombrado y otra vez separado. Un eunuco, llamado Mohammed, envejecido en los altos destinos, fué el sucesor de Dervischi. Fundáronse muchas esperanzas en un hombre tan experimentado y que no habia pertenecido á ninguno de los partidos de la córte ó de los cuarteles que destrozaban el Estado. El pueblo de Constantinopla, cansado de la anarquía militar, era favorable al eunuco que se hallaba decidido á poner coto al desórden. Amenazó á Dervischi-bajá, favorito de los genizaros, con hacerle dar cuenta de sus riquezas.

En su primera fermentacion contra el eunuco, los

genizaros fueron silbados por la muchedumbre :  
 « Temblais por vuestro *halconero*, » decia el pueblo á los soldados (sirviéndose del apodo de Dervischi que amaestraba halcones ántes de su fortuna), « y habeis  
 « abandonado como miserables mudos á vuestro pa-  
 « dischah Othman, cuyo pan comiais, que se os ha-  
 « bia confiado como un depósito sagrado en vuestro  
 « cuartel por nosotros y por el sultan actual Mus-  
 « tafá. »

Los genizaros, despopularizados por su ingratitud y su sacrilegio contra Othman, no sabian que responder. Ya con el pretexto de vengar á este sultan, gobernadores, generales y bajás se declaraban dispensados de obedecer á la Puerta, y juraban hacer expiar á los genizaros el homicidio de Othman. De este número eran Yusuf-bajá, gobernador de Trípoli en Siria, y Abaza-bajá, gobernador de Erzerun.

Yusuf era un turcomano, que habia llegado á fuerza de astucia al poder, afirmado en el poder por el crimen, y á quien el buen éxito de sus maldades estimulaba á concentrarlas cada vez mayores. Mucho tiempo hacia que habia expulsado de su provincia á los genizaros, reemplazándolos por bandas de *seghbans*, milicia local y personal, instrumento cómplice y víctima alternativamente de sus feroces ejecuciones. Tal enemigo, armado con una queja tan justa y

tan nacional como era el asesinato de un sultan, era terrible á los genízaros.

Abaza, nombre que debia á su tribu, los abazes del mar Negro, vecinos de los circasianos, era un prisionero que pasó á esclavo del viejo gran visir Murad, vencedor de los persas. Habiéndose distinguido por su valor en la escuadra de Khalil, capitan-bajá, habia subido de grado en grado á gobernador de Merasch. Enemigo de los genízaros, como Yusuf, pertenecia Abaza al número de los generales que habian levantado en Siria y en Mesopotamia milicias aguerridas, á las que queria ir á incorporarse Othman II para sacudir el yugo de los genízaros, cuando el descubrimiento de este proyecto le costó el trono y la vida.

Su abierta rebelion hizo estallar otra en Constantinopla contra el eunuco Mohammed. El capitan-bajá Khalil y el gran visir murmuraban : « Los genízaros « son los instigadores secretos del rebelde ; Hussein « le ha dado su hija. » Pero estas murmuraciones, sin eco en el pueblo, se estrellaron contra la impasibilidad de Mohammed. La vergüenza y la execracion de su crimen, reprobado por todos los buenos musulmanes, comenzaban á pesar de tal suerte en el ánimo de los soldados, que trataban á todo trance de descargarse de semejante responsabilidad. Los spa-

his echaban la culpa á los genízaros, los genízaros á Daud, yerno de la sultana, este á Mustafá I ; nadie queria soportar la acusacion de aquel crimen que clamaba imperiosamente venganza.

Bello es ver á una nacion agitarse por sí misma como un gran criminal bajo el remordimiento de un atentado impune, y pedir, por decirlo así, á la justicia que le perdone ó le conceda la expiacion de la sangre inocente.

## XXXV

Los spahis, no pudiendo tolerar por mas tiempo la censura ni el mismo silencio de sus oficiales que les echaban en cara su complicidad en la muerte de Othman II, separaron su causa de sus camaradas los genízaros. Reuniéronse en la mezquita del hipódromo, en donde se habia verificado ante su vista el drama del asesinato del sobrino y la coronacion del idiota, y mandaron á su secretario que redactase una súplica al sultan concebida en estes términos : « Si « el padischah ha decretado la muerte de Othman,

« que lo diga, y que libre nuestro honor de las calamnias del pueblo. »

Esta súplica, sin respuesta durante algunos días, alentó al pueblo, á los scheiks y á los ulemas para pedir con más fuerza que se castigase la sedicion contra Othman. Los spahis, para disculparse mas todavía, invocaron á voces el juicio de los asesinos del padischah. « Entregamos al homicida, » dijeron á los ulemas, « y nosotros mismos administraremos á la justicia. »

Obligado al fin el sultan por el clamoreo de los spahis á declarar la verdad, respondió con un katti-scherif lacónico que no era él culpable de la muerte de su sobrino. « Jamás he dicho á nadie que era preciso matar al sultan Othman, » decia Mustafá en este katti-scherif; « Daud ha mentido. Si aun viven á los asesinos, deben expiar su crimen. »

Este testimonio de Mustafá, que se indignaba del crimen á que debia el trono, no dejaba á los spahis y á los genizaros otra alternativa para apaciguar al pueblo que hacer el papel de vengadores de sus propios atentados. Afectaron mas zelo y mas furor que el mismo pueblo en la averiguacion y el exterminio de los regicidas. Corrieron por las calles durante la noche con espada en mano, persiguiendo á los complicados en la muerte de Othman.

El jefe de los djebedjis, uno de los cuatro asesinos que habian extrangulado al príncipe en el calabozo de las Siete Torres con Daud, que le habia cortado la oreja para mostrarsela á la sultana Validé, fué sacado de su casa y conducido al borde de la misma fuente en que el infortunado Othman habia pedido en vano un poco de agua, cuando lo llevaban á morir. Cortáronle la cabeza allí mismo, como si su sangre hubiese de expiar la gota de agua tan cruelmente rehusada.

## XXXVI

Las calles resonaron por espacio de dos dias con los gritos de venganza proferidos contra Daud-bajá, el mas culpable, el mas poderoso y el mas feroz de los autores de la revuelta. Habia logrado escaparse por la puerta de su haren, y ocultarse en el arrabal de Aiub, en una casa modesta de un spahis que le debia algunos beneficios. Las constantes investigaciones que hicieron los soldados lograron descubrirlo al fin del tercer dia, escondido detrás de unos arneses

del caballo, en la cuadra del ginete. Desgarráronle los vestidos, pusieronle para escarnecerlo unos harapos llenos de barro, y lo subieron á una carreta inmunda para conducirlo en medio de las imprecaciones del populacho al castillo de las Siete Torres, teatro de su crimen, destinado á serlo tambien de su suplicio.

Kalender-Oghli, el tercero de los asesinos de Othman, jefe despues de la policia de la capital bajo el visirato de su cómplice Daud, fué llevado con la misma ignominia al mismo sitio. El fingido furor de las tropas y la cólera verdadera del pueblo parecieron un instante satisfechas con estas expiaciones; ellas se reflejaban, mas de lo que convenia á la seguridad del trono, no sobre el inocente Mustafá I, sino sobre su madre, la sultana reinante.

El aga de los genizaros, excitado secretamente por el haren, que tenia interés en salvar á Daud, reunió sus soldados en la mezquita, y fingiendo apelar á la generosidad militar: « Camaradas, les dijo, ahora ya « estais satisfechos, Daud-bajá está preso, su suerte « está en manos del padischah, su juez y su señor; « prometedme no proferir mas imprecaciones contra « él, y no amolinaros para dar gritos de muerte con- « tra nadie. »

Los soldados, engañados con esta apariéncia de

magnanimidad se lo prometieron, y entraron silenciosos en su cuartel.

## XXXVII

Aprovechándose de esta buena disposicion de los soldados, la sultana Validé y su hija, la sultana esposa de Daud, conspiraban poniendo en juego los artificios de dos mujeres, que disponen del tesoro, para salvar la una á su marido, la otra á su yerno. No se les ocultaba que el suplicio de su instrumento era el precursor del suyo propio. Sus liberalidades y sus promesas lograron formar durante la noche un partido favorable á Daud. El verdugo mismo, ganado á fuerza de oro, prometió diferir la ejecucion para dar tiempo á que se agrupasen sus libertadores, y lo arrancasen del suplicio.

Al dia siguiente, en efecto, en el momento en que Daud, conducido desde las Siete Torres al divan, oia su sentencia de muerte, y era trasportado por los verdugos con los harapos de la vispera á la fuente bañada con la sangre del jefe de los djebedjis, para mo-

rir allí, el ejecutor le dió mas tiempo que el que se concedia á los condenados para hacer su oracion.

Daud, de rodillas y sin turbante, teniendo ya sobre su cabeza el sable desnudo del verdugo, sacó de repente de su pecho y leyó en alta voz el katti-scherif de Mustafá, que le ordenaba dar muerte á Othman. Este katti-scherif extendido despues del suceso, habia sido sin duda arrancado al sultan y entregado por algun confidente á Daud para que le sirviera de justificacion en su última hora. Los genízaros cómplices de estas dos mujeres fingieron quedar satisfechos, cubrieron esta lectura con aclamaciones, apartaron á los verdugos, arrancaron á Daud de la fuente, le trajeron un caballo ricamente enjaezado y lo condujeron en triunfo hácia la mezquita, foro de tantos y tan trágicos cambios de fortuna. El pueblo, tan movable en la Constantinopla de los otomanos como en la Bizancio de los griegos, saludó con gritos de alegría esta peripecia y siguió la corriente tumultuosa, creada por los soldados.

Todos se acercaban al caballo de Daud, honrándose con haber contribuido á su salvacion y pidiéndole que les diera un pedazo de los harapos con que estaba vestido, á fin de podérselos presentar el dia de su poder y reclamar el precio de la vida que le restituian por su sedicion. Al pasar por delante de la

panadería de los spahis, uno de estos soldados le dió su turbante, otro su caftan, un tercero sus armas. Al entrar en el peristilo de la mezquita, los genízaros, mas interesados aun que los spahis en la impunidad de su cómplice, lo despojaron de su indigna vestimenta, le trajeron uno muy suntuoso y colocaron sobre su cabeza el turbante con franjas de oro de los visires. Daud, investido tumultuosamente con la dignidad superior por las vociferaciones de un puñado de sediciosos, reconoció las exigencias de la soldadesca, distribuyeno de dantemano á los mas obsequiosos los destinos de kyaya, de jefe de los chiaux, de visires, los timares y las gratificaciones.

Pero la hora que empleaba así en confirmar su poder en vez de emplearlo en asegurar su salvacion con la fuga, se volvía ya contra él. Los spahis se indignaban contra los genízaros; el pueblo, alejado de la escena, se indignaba contra las dos milicias. La popularidad venal, conquistada un momento á precio de oro por las dos sultanas, se hundía ante la inmensa impopularidad del asesino impune y triunfante de Othman II. Formábanse grupos al rededor del serrallo para pedir al gran visir venganza de aquella irrision de las leyes. El camarero mayor del serrallo, Damadi-Ahmed, se ofreció al eunuco para ir con los bostandjis á precipitar á Daud de su insolente triun-



fo. Seguido por algunos miles de bostandjis y de capidjis, marchó sin vacilar á la mezquita en medio de las excitaciones de la multitud. Con su presencia dispersó á los genizaros, á los spahis y al populacho, que escoltaban á Daud; les arrancó sin resistencia su ídolo, y colocando á Daud en el mismo carro en que él mismo habia conducido á su víctima Othman á las Siete Torres, lo llevó á su prision y le hizo cortar la cabeza juntamente con su cómplice Kalender-Oghli, en el mismo cuarto y sitio en que estos dos malvados habian estrangulado y mutilado á su padischah.

Así, la represalia del mismo lugar y la del mismo suplicio sirvió para atestiguar una vez mas el misterio de esta venganza inteligente é inevitable que castiga la muerte de la víctima con la muerte del asesino.

Sus cadáveres, arrastrados por los piés, fueron echados al mar.

### XXXVIII

El viejo eunuco Mohammed, que miraba con forzada impasibilidad estas venganzas de la opinion pú-

blica, las aceptaba por no poder evitarlas; y aun se vió obligado á emplear la autoridad de Mustafá I para destituir, desterrar y castigar á los principales fautores de la revolucion que habia elevado á Mustafá al trono. Su rival Mere-Hussein excitaba sordamente la opinion del pueblo y de la tropa á exigir reparaciones mas sangrientas por la muerte de Othman; para él aquel era un medio de popularizarse en el imperio, de envilecer al eunuco y la sultana Validé, y de encaramarse sobre su ruina al poder que habia poseido solo unos pocos dias.

« El imperio, » decia en alta voz á sus partidarios, haciendo alusion á la edad del eunuco, que tenia noventa años, y al ascendiente que sobre él ejercia la sultana Validé, « el imperio se halla gobernado por « dos viejas y un idiota, ¿puede causar admiracion « el que se hunda? »

Un aga albanés, llamado Suleiman, instrumento de Mere-Hussein, tomó á su cargo el activar la fermentacion del descontento público en la tropa, provocándola á sublevarse. Los oficiales de los genizaros y de los spahis se concertaron para arrancar por fuerza el gobierno de tan débiles manos. Sus soldados, secretamente alentados por ellos, asaltaron al amanecer del 5 de febrero el divan é interpelaron de esta suerte al eunuco: « Tú eres, le dijeron, quien

« entregas nuestros hermanos y nuestros jefes al ver-  
 « dugo; nosotros estamos cansados de tí y queremos  
 « ser gobernados por ministros viriles. Retírate al  
 « punto, depón voluntariamente un poder que tu  
 « edad y tu mutilacion no te permiten soportar, ó  
 « nuestros sables te depondrán sobre las gradas del  
 « divan, y nuestras manos arrojarán tus despedaza-  
 « dos miembros á las olas en que has dejado sepultar  
 « á Daud. »

## XXXIX

El viejo, abandonado por todos, hasta por la misma sultana, puso los sellos en manos de los rebeldes, que los dieron á su instigador Mere-Hussein. Quinientos pilones de azucar á los soldados, caftanes de honor á los jefes de los amotinados y doscientos mil ducados á los genízaros, recompensaron en el serrallo la insurrección que acababa de profanarlo. Mere-Hussein dejó al eunuco retirarse en paz al haren, pero desterró á todos los que podian inspirarle recelos por su talento y aspirar al rango de gran visir.

## XL

Mere-Hussein no vaciló en ganar el favor de estas milicias con la misma corrupcion y la misma licencia con que lo habia comprado. Mandó cubrir con magníficas alfombras de seda el pavimento de su mezquita; reunió en el mercado de la carne á los cocineros en jefe de la tropa que formaban bajo este nombre el estado mayor de cada regimiento: « Camara-  
 « das, les dijo, rogad por la duracion del reinado de  
 « nuestro dichoso padischah, y permaneced tranqui-  
 « los; coged donde querais la carne, la leña y todo  
 « lo que necesiteis; á Dios gracias, el padischah es  
 « bastante rico para tratar con liberalidad á sus es-  
 « clavos. »

Los genízaros aclamaron al visir y exageraron sus insaciables exigencias tanto como lo permitia la necesidad de popularidad de su cómplice; todo fué indisciplina, arbitrariedad y pillaje de los almacenes y del tesoro de la capital. La opinion pública, subyugada, pero llena de indignacion, se reveló por medio de multiplicados incendios en Constantinopla, adver-

tencias anónimas que convierten el fuego en voz, sublevando al pueblo con el terror y la desesperación.

## XLI

Abaza-bajá, rebelado en Trípoli, se aprovechaba de estas agitaciones de la capital para avanzar hácia la Caramania con el ejército vengador de Othman II. Dueño de Siwas y de Angora, acababa de hacer asesinar á Yusuf-bajá, sublevado por la misma causa en Merasch, bajo el pretexto de que este colega meditaba el reconciliarse con los asesinos de Othman. En Cesarea, en donde habia entrado triunfante, los scheiks lo recibieron como á un libertador: « ¡No te-  
« mas nada, le habian dicho en presencia del pueblo,  
« la fortuna es tuya! Tú eres el enviado de Dios, él te  
« da el poder para librar á los musulmanes de la  
« opresion y de la tiranía de los genízaros. »

A la cabeza de sesenta mil hombres, Abaza confiscaba en todas partes las propiedades de estos, para pagar á sus tropas. Enemigo y verdugo declarado de esta milicia, allí donde descubria un genízaro, le hacia

cortar la cabeza despues de haberle puesto herraduras en los talones, como signo de asimilacion con los brutos. Dueño de toda la Anatolia, bloqueaba tres meses hacia la ciudad capital de Brusa.

Este desmembramiento impune del imperio, consumado por un rebelde extranjero, calificado de bárbaro, el fuego que devoraba todas las noches á Constantinopla, la insolencia de los soldados, la emulacion licenciosa entre los spahis y los genízaros, el idiotismo del sultan, la incapacidad de su madre, mujer que no poseia mas que la energía y la movilidad de sus pasiones, sin ninguna solidéz en el juicio, las intrigas sordas de la sultana Koesem en el antiguo serrallo, que tramaba la sustitucion de su hijo Murad al hijo de la Validé, tenian sumergidos los ánimos en una perpétua angustia. Los ulemas, indignados con los excesos de la dominacion militar intimaron al muftí que presidiese la reunion que iban á celebrar en la mezquita de Santa Sofia para deliberar acerca del peligro público. Para aumentar la efervescencia popular, les contestó el muftí que « miéntras fuese  
« Mere-Hussein gran visir, no tenian remedio los  
« males de la nacion; que iba á presentarse al sul-  
« tan para solicitar la destitucion de este impío y  
« corruptor de las tropas, y que no se presentaria  
« ante ellos sin haberla obtenido. »